

genes familiares—, políticos e históricos—la época que le ha correspondido vivir—y también «nacionales», emanados de su tremendo amor a España. Los matices estéticos y filológicos se subordinan a los que evidencian el pensamiento y la hombría del poeta: se vierte en cuerpo y alma en estos versos para «realizar» en ellos su sueño humanístico, resumiendo también su actuación vital. La vibrante urgencia de esta necesidad interior es elocuentemente personal y, al mismo tiempo, española. Los temas centrales—el hombre, España, la justicia social, etc.—crean una especie de acción dramática constante que sorprende y excita al lector, pues se convierten en verdaderos personajes que actúan y viven. Garciasol transforma los posibles símbolos intelectuales—como Unamuno y Pirandello—en personajes que conmueven. Ética y civismo—por ejemplo—se nos figuran seres vivos que nos acosan con su perfección: su existencia e identidad se hacen visibles y tangibles. La viril palabra, con su poder de vivificación humanante, instiga y fustiga el pensar y el obrar. Aún más: este humanismo es, sobre todo, vigor de pensamiento y reflexión moral que subestiman los valores estéticos, aunque éstos subrayan en algunos versos y poemas. Este humanismo posee el orgullo de su linaje humilde, de su raigambre terrígena, de su fidelidad amorosa: es el leal campeón de una poesía humana, cuyo civismo es capaz de una crítica valiente, denostadora de injusticias y crueldades, opuesta a usos y bogas del momento.

La poesía de Garciasol—vista a través de esta antología—reafirma su humanidad y su carencia de artificios o de fulguraciones culteranas. Sus neologismos, sin embargo, se acercan a vocablos quevedianos o valleinclanescos. Sus tintas recuerdan las de Goya. Pero unos y otras imponen su propio sello personal y contemporáneo. Poesía, pues, de fácil acceso, de claro impacto emotivo e ideológico. Cada libro se centra en un foco de atención que atrae—que imanta—, sin desvíos, al lector. La fuerza propulsora—que emana de un corazón apasionado—causa una interna revulsión o repulsa contra la artificialidad y el esteticismo inútil. Constatamos que la poesía no es nunca, para Garciasol, una creación filológico-artística, puesto que para él toda retórica—¡aunque él tenga la suya!—es algo estéril y desprovisto de un contenido poético serio. Para él es, exactamente, lo opuesto: su humanismo—*sui generis*—se opone a toda forma artificiosa, a todo juego acrobático o pirotécnico. Esta insobornable actitud parecerá cándida, *naïve*, a los «elitistas» y «culturalistas» recalcitrantes, preocupados más por la «magia verbal» o por el «hermetismo» que por lo que quieren o debieran decir llanamente. Pero Garciasol insiste siempre en este humanismo y en esta «civilidad», ya

que para él la poesía no es ninguna *plaisanterie* estética ni alegato histórico-filosófico del dualismo heleno-cristiano. Ni menos aún un trabajo meramente erudito, ni un fenómeno de elaboración intelectual. Se enraíza, orteguianamente, en la vida del hombre y en su circunstancia.

Ramón de Garcíasol revitaliza, da nueva juventud al humanismo de Unamuno y de Antonio Machado: es pasional, volitivo, y funde vida con imaginación, concepto y sentimiento. Los puntos de *clímax* de este humanismo son, por lo general, los mismos a lo largo de toda su obra, imponiendo una coherencia sistemática y una vigorosa consistencia interna. Uno de ellos insiste siempre en el hombre como «realidad radical» —valga la expresión orteguiana—. Su exaltación es profética, en ocasiones. Blasfemia y oposición de contrarios se enfrentan con el dolor y el escarnio, y también con la dulzura y la tristeza. Sin su humanismo, Garcíasol desembocaría en el abismo de la desesperación o del caos: en los círculos de un *Inferno* sin salida. Ese humanismo le invita a romper la muralla que le cerca y le aísla. Un hombre, encerrado dentro de sí, no es un hombre entero, puesto que la «alteridad» le completa. La mayor de las vanidades —*vanitas vanitatum*— que es creer bastarse a sí mismo, se convertiría en la mayor de las desgracias: total oscuridad sin remedio. Así, este humanismo es amor, en todas sus escalas y en todos sus niveles. Es racionalista y pasional, a la vez, pues es también fe irracional en el hombre y en todo lo humano. En rebelión con ciertas formas, y al ser tan suyo, convierte a Garcíasol en un poeta polémico o, por lo menos, divergente, enemigo de todo oscurantismo artificioso, de toda voluta de vana elegancia externa.

A través de la *Selección*, entrevemos su biografía, el desarrollo de su talante y de su genio. ¿Hay progreso en su obra? Si un poeta es, lo es desde el principio: desde su primer libro. Y así lo constatamos en esta antología. Y seguimos sus luchas, sus sufrimientos, sus éxitos... En su historia cabe también la de muchos. La sucesión de *clímax* y *anticlímax* nos emociona, pero no podemos predecir ni su amplitud ni su alcance.

Su humanismo se alza contra la poesía «frívola», por muy bella que sea. Porque para Garcíasol, la finalidad del poeta no es crear belleza sino aspirar a la verdad y a la justicia —como León Felipe—, difundiendo sus valores en términos que no exigen definición alguna. Garcíasol está más cerca del predicador religioso o del reformador social que del artista absoluto. Su sensibilidad pendula del romanticismo idealista al naturalismo, de lo cotidiano intrahistórico a lo trascendente, del amor personal al humanitarismo colectivo. Subidas, des-

censos, sostenida unidad temática y estilística. El humanismo de Garcíasol no oculta ningún sofisma: es parte del ritmo general y continuo y no sería menos persuasivo que el cambio constante, si lo tuviera. Poesía que se abre sola, desnuda, ante el lector, que no requiere ninguna fórmula mágica, ni ningún «sésamo», ni guía alguno, para ser comprendida libro a libro. Sin preciosismos verbales—cuyo valor es siempre aparential—, su tensión contiene una vigencia humana trascendente que sobrepasa la temporalidad, por muy inmersos que estén sus poemas en el presente.

Garcíasol no puede «superarse», porque el estilo de su poesía es insuperable en sí mismo: se acepta o no, sin más. Aumentan con los años sus experiencias vitales—es indudable—y sus versos así lo reflejan, pero su poesía no «progresa». Sus posibilidades—de dicción, métrica y metáforismo verbal—han sido siempre las mismas—con sus variantes—y lo seguirán siendo probablemente. Si el «progreso» existe, sólo Garcíasol lo sabe, pero es indiscernible para el lector.

Este poeta no quiere que la poesía sea el patrimonio de unos pocos, pues debe llegar a todos cuantos se acerquen a ella. No son poemas para un museo o para los *connoisseurs* de pedrerías, gemas y joyas, que no gozan totalmente sino de lo que es «exclusivo». (Obviamente, esto es para Garcíasol una perversión inaceptable.) El hombre debe compartir con los demás dolor y gozo, multiplicando al infinito el valor humano de la poesía. (Lo contrario sería como asistir a un concierto en una sala vacía...) Tal es el único «progreso» que persigue la poesía de Garcíasol: llegar a más y más corazones, con su mensaje de amor o de solidaridad, y también con sus denuncias y anatemas.

¿Qué puede ser más interesante para el hombre que el hombre mismo? Pero no existe un hombre solo como tal disociado de los demás ni del fondo común de su progenie, de la intrahistoria, de la Historia y de la Naturaleza. De ahí también que esta antología contenga verdaderos cuadros de ese mundo «natural», siendo, además, espejos poemáticos.—CONCHA ZARDOYA (*Urbanización Virgen de Iciar*, 21. *El Plantío*, MADRID-23).

PUIG, MANUEL: *El beso de la mujer araña*, Seix Barral, Barcelona, 1976.

Algunos novelistas contemporáneos han aprendido la lección de Cervantes: el diálogo es la mejor forma de dar a conocer sus personajes. Confróntense dos o más personajes en un ámbito más o

menos cerrado —un sanatorio para tuberculosos, una ciudad sitiada por una plaga, un barco ballenero en alta mar—, y a través del diálogo que surja llegaremos a conocer los personajes. Puig sigue al pie de la letra el consejo cervantino. *El beso de la mujer araña* es, esencialmente, el largo diálogo entre dos personajes aparentemente muy distintos que se encuentran encerrados en la misma celda de una cárcel argentina. Luis Alberto Molina y Valentín Arregui Paz son, aparentemente, muy diferentes. Uno, Molina, es un homosexual treintón, una «loca» sentimentalista y apasionada por la cursilería romántica del peor cine. El otro, Valentín, es un joven guerrillero que lucha por la revolución ideal. Pero su idealismo le sirve también para luchar contra sus emociones y contra todo resabio sentimental que le quede de su pasado burgués. Nunca hay una confrontación violenta entre Molina y Valentín. Cuando la novela empieza, ya parecen haber alcanzado un pacto de aceptación, aunque no se entienden mutuamente. Valentín piensa que su compañero de celda es el producto de una niñez insegura y una madre castrante. En sus juicios se mezclan los más obvios y errados clisés freudianos y marxistas. Molina no entiende ni pizca de las preocupaciones sociales de Valentín. Pero conviven muy respetuosamente. Molina y Valentín se reconocen como opuestos. Uno es la sensibilidad, la delicadeza, el arte —todo lo que nuestra sociedad atribuye a lo femenino—; el otro representa la agresividad, el idealismo, la razón (aquello que prejuiciadamente asociamos exclusivamente con lo masculino). Pero, como descubrió Cervantes, de este tipo de anteposición de caracteres diferentes sale usualmente una síntesis. La novela no presenta la confrontación de esos dos personajes aparentemente antitéticos, sino su gradual descubrimiento de rasgos escondidos de su personalidad. En uno de sus diálogos, Molina, el hombre que según la sociedad ha renunciado a su hombría, encara a Valentín, el guerrillero que encarna, a pesar de su lucha contra esa sociedad, los valores más altos de lo que la sociedad considera masculino, con una pregunta muy sencilla, pero casi imposible de contestar:

«—a ver... contestame, ¿qué es la hombría para vos?» (p. 70).

Después de falsas respuestas, que Molina contradice y refuta, Valentín se declara incapaz de contestar a su pregunta:

«—No sé, no lo tengo muy claro, en este momento... No encuentro palabras adecuadas...» (p. 71).

La novela prueba que la definición aceptada de hombría es muy prejuiciada. Los personajes mismos van descubriendo esto a través de